

Fran

Jim Woodring

Fulgencio Pimentel, 2013

Los tiempos convulsos son buenos para aceptar El Cambio. Podemos especular si el surrealismo hubiera sido posible sin el azote de una Gran Guerra. Su universo de enigmas que deshacen la realidad, la transmutación de la materia, todo el dogma de mover la representación en alas de una para-realidad (el inconsciente) ¿no obedecen a la sacudida de un tiempo concreto, una guerra como ninguna hubo antes? En 1977 David Lynch, tras previos cortos no menos significativos, irrumpe en el panorama cinematográfico con la brutal “Cabeza Borradora”, pesadilla industrial y lumpen inasible, donde los bebés nacen monstruo y tras los radiadores se agazapan damas cantarinas. Esto surge en un tiempo de crisis y guerra fría, de tensiones casi inaguantables.



Hoy vivimos, ciertamente, tiempos convulsos, que replantean los parámetros de vida occidental pese a que nos es difícil imaginar patrones nuevos, o que estos puedan superar a las fuerzas del sistema. Por eso quizá más que nunca las últimas obras de Jim Woodring nos representan mejor que muchos manifiestos ordenados, arengas a la indignación esmeradamente planificadas. El desorden toma la realidad, del 11-M español a las protestas en El Cairo o las ocurridas en Wall Street. Y todo falla. En nuestra porción del pastel, en este país que nos toca morar, todo se enfanga y gana el desprestigio (de instituciones, poderes, constituciones y reyes). Por eso la belleza debe ser convulsa tal como proclamaba André Bretón. Por eso *Fran* representa como pocas obras el *pathos* generacional. Mutando la carne en un mundo casi líquido, entre el dolor, el hastío, el horror y la esperanza.

Pero Jim Woodring no es un joven de los dosmiles, sino un sexagenario, uno que en su niñez experimentaba continuas alucinaciones. Plasmarlas en un diario fue bueno para el mundo del cómic. Esas libretas pesadillescas son el plancton para Frank y Unifactor, personaje y no-lugar que vertebran las ficciones de Woodring. No se trata de encontrar en los libros del norteamericano un referente, porque ni lo es ni lo pretende. Pero sus visiones mutantes, polimorfos y siempre silentes, se clavan en el lector para decirle sin hacerlo tácitamente que hay más mundos. Los de este autor que bascula entre Robert Crumb y Carl Barks, con acabados goyescos en blanco y negro, o un color vívido y por tanto malignamente engañoso, se pueden rastrear ya en cuatro libros editados en nuestro país. *Fran* es el último, y sin duda el libro en que uno de esos otros mundos (im)posibles

se talla con mayor esmero. Algo sorprendente porque ningún trabajo previo de Woodring es menos que excelente.

Dos son las historias que reúne este tomo: “El congreso de las bestias”, de 2011, y “Fran”, de 2013. En la primera asistimos a un carrusel de sucesos incomprensibles pero cargados de poder. Frank, esa especie indeterminada de mamífero antropomórfico cargadito de mala baba y cierta “joie de vivre”, pierde su hogar (se lo traga literalmente la tierra). Conseguirá uno nuevo, pero solo para emprender un viaje alucinatorio, cayendo por agujeros, al mar, cruzando puertas y portales... es una idea poderosa de desubicación, de no encontrarse a uno mismo. En el horizonte, en un determinado momento, el bicho (¿gato-castor?) descubre una enorme estatua. Es su meta, la desea. Y finalmente descubrirá porqué: la causa se llama Fran. Creo que es una hembra, creo que compatible físicamente con Frank. Creo que aquí se habla del amor, de la necesidad verdadera que no es un hogar, pues este vendrá cuando encontremos a esa persona que necesitamos. Da igual porque Woodring nunca cae en el discurso. Nunca ofrece pistas para establecer un significado completo a sus obras.

“El congreso de las bestias” tiene, eso sí, un final feliz. Los dos protagonistas desandan el camino recorrido por él y llegan a un estado de paz y alegría. ¿Alegría? Otra vez es un suponer, pero en principio la expresividad gestual en Unifactor es lo único que nos emparenta con ese mundo... una carcajada de Frank expresa lo mismo que una nuestra, y su llanto, aunque se convierte en otra metamorfosis de la carne, refleja el dolor como nos ocurre a nosotros. Así pues, concluimos que hay felicidad en “El congreso de las bestias”, sí, y entonces todo termina, porque están juntos, él y ella. Ello y ello, si no estamos convencidos de la identidad sexual de la pareja.

Entonces uno está tentado de no continuar la lectura. ¿Para qué, si todo acaba bien? Pero “Fran”, la segunda parte que da título al libro entero, es necesario porque sencillamente en su estructura de juego de espejos con el anterior, viene a deshacer todo patrón de narrativa clásica. “Fran” es una barbaridad bien bárbara, que decía Fofó, porque juega a hacer avanzar el relato cuestionando los sucesos de “El congreso de las bestias” sin desmentirlo jamás. En este cómic el cinematógrafo es un juguete que proyecta los recuerdos y vivencias de quien lo utiliza. Los de Frank, que redibuja así su viaje en la primera parte del libro, los de su mascota Pushpaw, también. Pero Fran no quiere usarlo. Y así se genera el conflicto, la escisión y de nuevo la búsqueda. No del hogar, como pudo ser la odisea de “El congreso de las bestias”, sino la de la persona querida. Viajes, mutaciones, reencuentros, rivales afectivos y finalmente... vuelta al hogar. A aquel que al inicio de este libro se tragaba la tierra. Y quizá felicidad. A lo mejor en Unifactor lo importante es tener un lugar en el que sentirte en tu sitio, como predicaba Federico Luppi en la cinta de Adolfo Aristarain (“Un lugar en el mundo”, 1992). O no. Porque cuando, finalmente Frank duerme plácidamente en su sofá, por la ventana, en la última viñeta de la última página de este libro absolutamente sobrenatural, vemos la escena que leímos en la primera viñeta de la primera página este libro absolutamente mágico, la que abría “El congreso de las bestias”. Banda de Möbius, círculo sin fin.

Si consideramos que Fulgencio Pimentel Ediciones ha empacado en un volumen dos libros (separados por años en su edición original, además), advertimos que la jugada de Woodring es radical. Creó un libro, el del congreso, de poso luminoso, esperanzador. Y cerrado como una caja de música. Y dos años más tarde lo destroza totalmente y nos hace asumir que aquello era una parte de un todo que además es un bucle infinito. Que nos

permite leerlo casi arrancando en cualquier escena, que juega a los espejos deformantes (El Cambio, esa idea) y que despedaza conclusiones, expectativas y razonamientos.

Fran, el díptico, es un trabajo de madurez absoluta en una carrera de décadas, porque por fin un universo imposible e indescifrable contagia incluso a los mecanismos del lenguaje. Es imposible desentrañar direcciones, principios o finales en el libro cuando la estructura misma elude las formas clásicas. No se trata de llegar a un final para ver que todo era “otra cosa”, ni de cualquier otro truco narrativo sobre un argumento más o menos enrevesado. Jim Woodring ya había creado un mundo paralelo, del que no conocemos sus sonidos, sí sospechamos olores intensos y conocemos su fauna hórrida, un universo de criaturas amorfas, febriles y fieras, viscerales en un sentido literal y muchas veces simbólicas (motivos casi sexuales, guiños a divinidades hindús, pesadillas melvillianas...). Unifactor era un enigma que nos estaba siendo contado. Pero ahora, más que nunca, esa naturaleza enigmática contagia a la estructura, y todo es infinito. Y por tanto, supera nuestras capacidades descriptivas. Solamente somos capaces de asombrarnos. O de decidir que llegan tiempos de cambio.

OCTAVIO BEARES

Octavio Beares comenzó a hacerse oír en la red con un nick, tan tonto como otros muchos, pero por el que aún guarda cariño. A los pocos años decide olvidarse de ese Señor Punch y firma con su nombre real. Así, se le ha podido leer en sus dos identidades por diversos proyectos, autogestionados o de terceros. Su blog personal (en activo desde 2005) es [El Octavio Pasajero](#), su blog sobre tebeos, [Serie de Viñetas](#). Mantiene otro más sobre [The Sandman](#) al que promete dar continuidad, algún día de estos. Y además se ha prodigado por medios varios, de la revista on line Viñeta en Palabras a la web cultural Culturamas, pasando por Rockdelux o el diario Faro de Vigo, donde hace una sección más o menos periódica sobre historieta desde 2009. Le gusta la música alternativa y el post hardcore, aunque sabe que ya no tiene edad.